

ECO DE EUTERPE.

PERIÓDICO

dedicado exclusivamente á los señores concurrentes á los Campos Eliseos.

FUNCION PARA HOY.

SEXTO BAILE-CONCIERTO.

SOCIEDAD CORAL DE EUTERPE.

Director

D. José Anselmo Clavé.

Orquesta : 35 profesores.

Director

D. José María Moliné

PROGRAMA.

1.ª PARTE.

Sinfonía.	Angélica,	de Pujadas.
Pastorel-la catalana á voces solas.	Capaltart,	de Clavé.
Vals.	El alfiler,	de Roig.
Rigodon coreado.	Los aldeanos,	de Clavé.
Schotisch.	Las flores del prado,	de Pujadas.

2.ª PARTE.

Lanceros.	Magenta,	de Roig.
Redowa catalana coreada.	La violeta,	de Clavé.
Polka.	La egipcia,	de Pujadas.
Americana coreada.	La mascarita,	de Clavé.
Contradanza.	Amelia,	de Roig.

3.ª PARTE.

Rigodon.	El ramillete,	de Pujadas.
Americana coreada.	Tula,	de Clavé.
Schotisch.	El jardín,	de Moliné.
Vals jota coreado.	La verbena de San Juan,	de Clavé.

ROSINA

Ó LA CANTANTE AL AIRE LIBRE. (1).

III.

La señora Bernardin.

Rosina bajó á casa de la señora Bernardin. Este era el nombre de la señora que la habia recogido.

—¿Quereis permitirme, señora, que os dirija una pregunta?

—Habla, niña, yo te responderé, si puedo.

—¿Qué es un tenor?
La señora Bernardin se echó á reir á carcajadas.

—Y bien, niña, ¿qué te puede interesar á ti eso?

—Ya os lo diré luego.

—A decir verdad yo no se que explicacion pueda dar para hacerme comprender de ti. Lo que puedo decir tan solo es que un tenor, es un cantante.

—Ya me lo figuraba. ¿Se gana, pues, mucho dinero siendo tenor en un teatro?

—Sí, hija mia... Hay algunos tenores á los cuales se les dá segun dicen hasta cien mil francos por año.

—Pues entonces todo se explica; yo he crei-

(1) Véase el número 145, correspondiente al 15 de junio.

do por un momento que aquel señor se habría equivocado!

—¿Qué señor, hija mía?

Rosina contó lo que le acababa de pasar.

—Semejantes limosnas no son muy comunes, dijo la Sra. Bernardin; pero si tu bienhechor es efectivamente la persona que manifiesta este sobre, lo que es muy probable, puedes desear todo escrúpulo y mirar este oro como de tu legítima propiedad. Los artistas tienen el corazón generoso, y el que gana cien mil francos al año hace tanto caso de un luis, como nosotros lo haríamos de un céntimo.

—Un luis!... y doce francos de moneda pequeña, son treinta y dos francos; que fortuna, señora Bernardin!... qué fortuna!...

La buena anciana se sonrió.

—A la verdad repuso en tono grave, cuantos millonarios de hoy día han empezado con menos capital que el tuyo! Veamos, niña ¿en qué piensas emplear tu tesoro?

Rosina se puso á reflexionar.

—Puesto que no has pensado aun sobre eso, dijo la señora Bernardin, ¿quieres que te dé un consejo?

—Lo recibiré con reconocimiento.

—Pues bien, si quieres crearme, emplearás una parte de tu dinero en reemplazar esos harapos por unos vestidos mas decentes.

—Yo bien quisiera hacerlo... con tal de no cambiar mi pieza de oro; deseo guardarla; tengo la idea de que ha de traerme la felicidad.

—Así sea; Yo te ayudaré pidiendo á las personas caritativas alguna ropa para ti.

—¿Qué buena sois, señora!

—De esta manera tu luis quedará intacto, y tendrás aun los doce francos para hacer el viaje y vivir ocho ó diez días.

—¿Qué viaje? preguntó Rosina con sorpresa.

—Ancenis no es país de recursos, respondió gravemente la señora Bernardin, y te conozco lo bastante para estar segura de que el empleo de mendiga no te convendría mucho tiempo.

—Nunca me ha convenido, dijo vivamente Rosina; ¡oh! si yo pudiera hacer otra cosa!

—Puedes hacerla. Nantes es una gran ciu-

dad en donde hay mucha gente rica; allí es á donde te aconsejo que vayas. En seguida que llegues te presentarás á un memorialista, y como nunca has servido, aceptarás la primera colocacion que te ofrezcan por pequeña que sea, mientras te den la seguridad de que la casa donde se te admita es una casa honrada. Cuando tendrás conocimientos, no te faltarán buenas casas. En una palabra, tu porvenir dependerá de tu celo é inteligencia.

—En cuanto á celo yo os respondo que lo tendré.

—Y yo confío en que harás carrera, porque no dudo de tu inteligencia.

Se decidió pues que Rosina partiría en seguida que le hubieran remontado un poco su guarda ropa.

IV.

Los castillos en el aire.

Ocho dias no habian transcurrido cuando Rosina salia de Ancenis por el camino de Nantes, á los primeros rayos de un hermoso sol de marzo. Habia resuelto por medida de economía hacer el viaje á pié. No siendo la distancia que la separaba del punto á donde se dirigia mas que de unas nueve leguas, la tierna jóven contaba andar aquel día tanto como sus fuerzas lo permitiesen; despues se entraria en alguna granja en donde la cena y la cama no le costarian gran cosa, si por acaso se lo hacian pagar. Tres ó cuatro horas le bastarian al día siguiente para acabar su camino y le quedaba todavia una gran parte del día para hacer sus primeras diligencias.

Andaba con pié listo, la cabeza erguida y muy ufana con su gorra de muselina, su zagalejo de bombasi rayado, y sus zapatos nuevecitos, género de lujo al que no estaba acostumbrada. Sus cabellos negros, peinados en bandós, hacian resaltar la blancura trasparente de su piel fina y sedosa, y las complacientes sonrisas que dirigia de cuando en cuando á su tocado dejaban entrever dos hermosas lineas de perlas deslumbradoras.

Toda su fisonomia respiraba contento y de buena gana se hubiera puesto á bailar, á no haberla contenido el temor de romper la bo-

tella de cidra, y derramar el pequeño tarro de miel que guardaba en el canastito colgado de su brazo.

No pudiendo bailar se consoló cantando.

Su voz no habia tenido jamas tanta pureza, tanto brillo; de tal manera que ella misma se quedó asombrada al oírse.

Después se puso pensativa.

—Si yo supiera cantar, se decía.

Mil sueños se agolparon á su imaginación.

—Si supiera cantar, iría á hacerme oír en los paseos públicos, y en Nantes no falta gente rica.

La señora Bernardin se lo habia dicho, y quizás podría dar en breve mas de una compañera á su hermosa pieza de oro.

¿Quién sabe?

Tal vez sería admitida á cantar en las fondas y en los cafés.....

De repente otro porvenir se presentó á su ardiente imaginación.

Pero era una idea tan ambiciosa, tan imposible, que ni siquiera osaba pensar en ella.

Sin embargo, estaba dotada de una hermosa voz; se lo habian repetido muy á menudo, y se habia apercibido de ello, sin necesidad de que se lo dijeran.

Aprender á cantar no sería largo. Pondría ella tan buena voluntad! Con una hermosa voz y talento, ¿por qué no podía prometerse entrar en un teatro?

¡Qué triunfo! la aplaudirían y hablaría de ella toda la ciudad.

¡Qué fortuna! los tenores no serían seguramente las únicas voces que en el teatro se pagaran con cien mil francos.

—Y cien mil francos deben ser muchas piezas de oro, se decía.

Rosina sabía leer y escribir, creó haberlo dicho: pero no era muy fuerte en aritmética; y no pudo llegar á calcular el número de piezas de oro que contiene una suma de cien mil francos.

Estos cálculos... estos castillos en el aire la ocuparon todo el día. Soñó en esto por la noche, en la granja en donde unos buenos paisanos después de haberla hecho cenar con ellos, le dieron un jergon de paja para echarse á dormir. Al día siguiente aun no se

habia puesto en marcha cuando se presentaron de nuevo á su imaginación las mismas imágenes.

Los instantes huían tan rápidamente para ella, absorbida en esta preocupacion, que creía estar todavía á gran distancia del término de su viaje cuando se encontró de repente en Nantes.

V.

El cartel.

Rosina escogió su domicilio provisional en una posada de modesta apariéncia, á la entrada del Faubourg Saint-Clement.

Tomó un par de horas de descanso, y después de haberse hecho dar todas las señas necesarias, salió en busca de un memorialista, como se habia convenido con la señora Bernardin.

Pero sus ideas se habian modificado notablemente en el término de veinte y cuatro horas; le parecia que poniéndose á buscar donde servir, daba un paso en falso.

Así es que se daba muy poca prisa en llegar.

A mas, encontraba en su camino tantos objetos nuevos para ella, que su curiosidad, por todas partes escitada, la llevaba naturalmente á pararse delante de todas las tiendas, en medio de las plazas públicas y en todas las esquinas de las calles.

En fin; se olvidó tanto del objeto de su camino que apartándose insensiblemente de las calles que le habian indicado, llegó á la plaza de la Comedia.

La primera cosa que la chocó en ella fue un enorme cartel amarillo, pegado á uno de los ángulos de la fachada del teatro.

Se aproximó, y vió que era el programa del espectáculo que debia darse aquella noche. *La ilustre cantante Fédora y el célebre tenor Frederic* daban irremisiblemente su última función antes de la partida de este último que era esperado en Burdeos, en donde estaba ajustado para cantar dos días después.

Frederic! No habia que dudar; era el tenor, el célebre tenor *Frederic*, el que debia encontrarse en aquellos momentos en medio de la gran ciudad de Nantes y á quien iba á ver Rosina con sus quince años y la esperan-

za... como Fachon, salvo la vieja, que ella no tenia para acompañarla.

VI.

Rosina en el espectáculo.

Una multitud compacta se apretaba delante la ventanilla del teatro.

Rosina preguntó qué era lo que esperaban allí.

Cuando se lo hubieron explicado, le vino un deseo, pero un irresistible deseo, de hacer como todo el mundo, y la tentacion, yendo sobre todos los razonamientos que ensayó conienzudamente en oponer, venció, y la pobre muchacha siguió á la multitud.

Felizmente el precio de los últimos asientos no era cosa de mermar su tesoro de una manera demasiado notable. Rosina fué modestamente á sentarse en el anfiteatro del cuarto piso; su buena estrella quiso que hubiera desocupado un asiento en primera fila.

Pintar la admiracion de la jóven á vista de las luces, de las pinturas, de los tocados, de la escena, de las decoraciones, seria ofrecer al lector un cuadro que le habrán puesto cien mil veces á la vista; me abstengo pues de hacerlo.

Pasemos al efecto que produjo el célebre tenor en la humilde cantante al aire libre.

Por de pronto le reconoció perfectamente por el jóven de la pieza de oro.

Solamente que le pareció tan hermoso! tan hermoso, que si el lugar en que se encontraba no hubiese sido el teatro, hubiera sido capaz de imaginarse que veia un serafin.

Pero esto era nada comparable á la impresion que le produjo cuando le oyó cantar. Entónces la pobre niña se creyó juguete de un sueño.

Para salir de su éstasis, necesitó nada menos que la entrada en escena de la ilustre cantante Fédora.

La pobre Rosina, desde las primeras notas que emitió la celebre y eminente cantatriz se quedó estupefacta. No le habia pasado nunca por la imaginacion el que una garganta humana pudiera ejecutar tales maravillas de agilidad, de sentimiento y de fuerza.

Y cuando escuchó luego resonar unánimes

en la sala, los bravos, los nutridos aplausos, y vió caer á los piés de los dos artistas una lluvia de ramos y coronas, se desvaneció su cabeza. ¡Ah! si ella hubiera tenido flores á mano, con qué entusiasmo hubiera colmado de ellas á la ilustre Fédora y al gallardo Fédéric!

La emocion de Rosina fué tan viva que tuvo calentura toda la noche.

(Se continuará)

A UNA FUENTE.

ODA

de don José Iglesias de la Casa.

En este fértil huerto
Que á emulacion de Hesperio se colora;
De la beldad cubierto,
Con que al romper la Aurora
Renueva su matiz la culta Flora,
De una chinesca taza
En una y otra el artificio crece
De tan diversa traza,
Que el arte se envanece
Y al mármol deja atrás, que le obedece.
Por sus bocas cien Ninfas,
En labor varias, forman las vertientes;
Y recogen las linfas
Cien Faunos diferentes
En otras tantas urnas relucientes.
Vense tantos raudales
Por tanto caño, en proporcion distinto,
Que de agua y de cristales
En bien corto recinto
Se admira un trasparente laberinto.
Admiranla las aves,
La admira el sol, admiranla las flores;
Y en acentos suáves
Los tiernos ruiñeñores
Al son de su raudal cantan amores.
Si su beldad te es grata,
Ven, Celidora, ven; pues te convida
Quien tu contento trata
Y en ti tiene su vida.
Ven, señora, á esta fuente apeteuida.
Que no en balde ha pensado
Entre las mas preciosas y caudales
Gozar el principado,
Con tal que sus cristales
Guste una vez tu labio de corales.

Por todo lo no firmado, JOSÉ ANSELMO CLAVÉ.—B. R.

Barcelona.—Imprenta de Narciso Ramirez, calle de Escudillers, núm. 40.—1862.